

PROLEGÓMENOS A LA SEMANA SANTA DE 2019.

NOSTALGIA. RECORDANDO A NUESTROS PADRES

Antonio Mula Franco

Cronista de la Villa de Rafal

¿Dónde y cuándo empezó el adiós?

¿O es que comienza cada día?

No lo sé. Si lo supe alguna vez no lo recuerdo,
por eso, tal vez por eso, simplemente vuelvo.

Como cada año intento participar en la Semana Santa de mi pueblo con algún pensamiento, alguna idea o alguna razón con el fin de que mis raíces sigan cogidas a esa tierra que me vio nacer y en la que tengo una gran parte de mi vida, por no decir toda.

La mente, como un saco sin fondo, va albergando sin tregua a lo largo de la vida recuerdos, vivencias, experiencias, deseos...y la memoria los procesa, sacándolos fuera en cualquier momento, sin tener en cuenta su origen ni antigüedad. Pensamientos que van y vienen, caóticos muchas veces, sin orden; mezclados los impertinentes con los sublimes, los cercanos con los lejanos, los inquietantes con los triviales. Sin embargo, siempre que llegan los momentos de la Semana Santa, las procesiones, las liturgias, no podemos dejar de pensar en ellos, nuestros padres, nuestras alfas en la vida, nuestro origen, nuestras primeras palabras, junto con nuestras primeras ilusiones y vivencias. Nuestros pensamientos nostálgicos por su ausencia, los recupera, los llevamos con nosotros, están a nuestro lado, recordándonos que la tradición, junto con la vida hay que seguirla a través de nuestros corazones, que son en definitiva parte de los suyos. Nadie muere nunca, si no es a través del olvido y cómo vamos a olvidar a los seres que nos dieron la vida, nuestros padres. Imposible.

En estos momentos, el silencio de mi casa vacía como si se hubieran ido llevándose consigo todos los sonidos, no hace más que recordarme la ausencia, la soledad, la nostalgia, en definitiva, la muerte. Todos sabemos que en la Semana Santa ésta es el eje central de nuestra vida con la vista puesta en la Resurrección prometida. Ante todo este gran misterio y en estos momentos, me cuestiono cuál fue la utilidad de tan inmenso sacrificio, si la Humanidad, tras veintiún siglos, sigue odiándose, matándose en las continuas guerras y exterminios, incluso en la apariencia de la paz, detestando y malqueriendo al prójimo.

Según nos dijeron nuestros mayores, a través de nuestros padres, sirvió para redimir al género humano de sus pecados y reconciliarlo con Dios, pero viendo en el mundo en que vivimos, es, al menos dudoso, que su vida y su muerte estén justificadas.

Me sorprende, sin embargo, la repercusión popular que tienen las procesiones de Semana Santa, que mueven, año tras año, a tantas y tantas personas a contemplar los desfiles. La tradición, la fe o la necesidad consiguen la acumulación respetuosa de multitudes. Admirable también la participación penosa y gozosa, a la vez, valga la contradicción, de los costaleros y las promesas de las descalzas tras los pasos. Importante contemplar a los hombres, que se autoflagelan hasta herir sus espaldas. Y, como algo insólito e impresionante, la crucifixión real de algunos hombres en determinados países, para reclamar los derechos de los necesitados.

Y es que, en situaciones límite, como las llamamos ahora, el ser humano, en su pequeñez, puede llegar a ser sublime.

Para llegar a comprender plenamente el significado de la Semana Santa, creemos que nadie como una madre, tan amorosa y tan llena de buena voluntad religiosa, acompañando a la Madre Dolorosa por la muerte de su Hijo, es capaz de transmitirnos el sentir del sufrimiento, del amor, de la ternura, en definitiva, la razón de ser en estos momentos. Nuestras madres comprendieron el sufrimiento y sólo con su actuación, su fe, su religiosidad fueron capaces de implicarnos, desde pequeños, en estos misterios religiosos. Fueron nuestras auténticas maestras sólo con el

ejemplo, que en realidad, a nivel educativo es de lo más provechoso, por eso de “obras son amores y no buenas razones”

En esta Semana Santa, todos mis pensamientos, en estos días en que mi espíritu está más sensible, son para nuestros padres, verdaderos mentores y referentes de nuestra Semana Santa, ellos han sido el alfa y la omega, la primera y última letra del alfabeto griego son simbólicas para indicar el principio y el fin de la vida en la tierra, así como en la cristiandad son signos de Dios como principio y fin de lo creado. Entre las grandes carencias que tiene nuestra educación está la de aprender a tener muy en cuenta el final de todo proceso, el saber estar preparados para el fin. Éste podría ser un lema para el aprendizaje de la vida, una asignatura pendiente para aprender a vivir mejor, aprender a separarse de los nuestros como algo natural, como un proceso que llega a su fin. Es cierto que la vida, como si fuera un texto dictado, puede verse en forma de párrafos con sus puntos y seguidos, a pequeños tramos, cuyo límite natural es el final del día.

Los puntos y aparte serían las etapas diferentes, coincidentes con las fases biológicas de la niñez, adolescencia, juventud, madurez y vejez, en los que el hilo conductor de la existencia aparece alterado física y psíquicamente. Y el punto final tendría que ser esperado, por ser el cierre del ciclo vital, que dará paso a otros seres ocupantes de nuestro espacio y nuestro tiempo en la sucesión de los siglos. Sin embargo, para aceptar plenamente que todo principio requiere un final es imprescindible un doloroso aprendizaje.

Muchos son los escritores que han cantado a la muerte, magníficas muestras de lamento profundo ante lo irremediable y el consecuente dolor de la ausencia.

Me vais a permitir que aunque la razón lo entienda, el corazón lo cuestione. Dónde estarán nuestras raíces queridas, nuestros padres, amores insustituibles, trozos de vida que se nos fueron con ellos y que mutiló el alma para siempre. Sería un consuelo si estuvieran en alguna parte. En la inmensidad del infinito, asidos en alguna rama de nubes, entre verdes huertos de naranjos y limoneros o abrazados en los azules celestes.

Me pregunto si nos recordarán como nosotros a ellos, si tendrán consciencia de que nos dejaron en el llanto y el dolor de la ausencia, y si podrán ayudarnos de alguna forma desde su "lugar", si nos esperarán cuando crucemos la franja de la muerte y si saldrán a nuestro encuentro para acompañarnos en ese misterioso paso, más allá de esta existencia tangible. Quiero pensar que sí, que estarán ahí, en este tránsito oscuro y desconocido para hacerlo así más fácil, dado que sin lugar a dudas, estén donde estén, siguen siendo nuestros padres.

No me cabe la menor duda que todas estas reflexiones sentidas, pensadas, preñadas de dolor, no sirven para que alguien piense lo contrario de lo que habitualmente piensa, sino para, al menos, que en mi memoria, yo, en confrontación con mis recuerdos y en lucha desigual con mis sentimientos, vuelva a mi pasado. Aunque mis ojos están más cansados, igualmente vuelvo como buscando reafirmar que todo sigue igual y nada ha cambiado. Por eso sigo creyendo que la Pasión de Cristo y la celebración de la Semana Santa que han marcado nuestras vidas y seguirán marcándonos, tengan algún sentido, aunque irremediablemente, detrás de nuestros padres, sentimos cerrarse los días del tiempo.